

des contiendas, y le habia servido en muchos negocios; pero siendo yerno de César, por complacer á este se desentendió del debido agradecimiento, y saliéndose por otra puerta, evitó la visita. Ciceron, abandonado por él de esta manera, y careciendo de arri-mo, acudió á los Cónsules: de los cuales Gabinio siempre se le mostró desafecto; pero Pison le hizo mejor recibimiento, exhortándole á salir de Roma sustrayéndose de la violencia y poder de Clodio, y á llevar resignadamente la mudanza de los tiempos, para poder ser otra vez el salvador de la patria, puesta por inclinación á él en tales turbaciones é inquietudes. Oída por Ciceron esta respuesta, conferenció sobre lo hacédero con sus amigos, y Luculo era de dictamen que no se moviera porque vencería; pero otros le aconsejaban la fuga, en el concepto de que bien presto el pueblo lo echaria menos, luego que no pudiera aguantar las locuras y furores de Clodio. Éste fue el partido que adoptó Ciceron, y subiendo al capitolio la estatua de Minerva que tenia trabajada en casa mucho tiempo habia, y á la que daba gran veneracion, la consagró á la diosa con esta inscripcion: á Minerva, protectora de Roma. Valióse de algunos de sus amigos para que le acompañaran, y á la media noche salió de la ciudad, haciendo su viage á pie por la Lucania con deseo de verse en la Sicilia.

Cuando ya se supo de cierto que habia huido, Clodio hizo dar contra él decreto de destierro y promulgar edicto, por el que se le vedaba el agua y el fuego, y se mandaba que nadie lo recibiera bajo techado á quinientas millas de Italia. A muchos no les servia de detencion este edicto para dar muestras de respeto á Ciceron, para obsequiarle y para acompañarle; pero en Hiponio, ciudad de la Lucania que ahora se llama Vibon, el siciliano Vibio, que habia disfrutado en muchas cosas de la amistad de Ciceron y en el consulado de este habia sido nombrado pre-

fecto de artesanos, no le admitió en su casa, y solo le indicó una posesion, á la que podria acogerse; y Cayo Virginio, Pretor de la Sicilia, á quien Ciceron habia hecho tambien grandes favores, le escribió que no tocara en aquella isla. Desconcertado en sus planes con estos desengaños, se dirigió á Brindis, y pasando de allí con viento hecho á Dirraquio, como durante el dia soplase viento contrario de mar, regresó al punto, y otra vez volvió á dar la vela. Se dice que en esta travesía, cuando ya estaba para saltar en tierra, hubo á un tiempo terremoto y retirada de las aguas del mar; sobre lo que pronosticaron los agoreros que no seria largo su destierro, porque aquellas eran señales de mudanza. Visitábanle muchos por afecto, y las ciudades Griegas competian unas con otras en demostraciones; pero á pesar de eso siempre estaba desconsolado y triste, teniendo, como los enamorados, puestos los ojos en la Italia, y mostrándose demasiado abatido y con apocado ánimo en aquel infortunio; lo que nadie habria esperado de un hombre de su instruccion y doctrina, que muchas veces rogaba á sus amigos no le llamaran orador sino filósofo: porque la filosofía la habia elegido por ocupacion, y la oratoria no la empleaba sino como un instrumento util en el gobierno. Decia asimismo que la gloria era propia para borrar en el alma, como si fuera una tintura, todo buen discurso, inoculando en los que mandan todas las pasiones de la muchedumbre, con la conversacion y el trato, á no estar el hombre muy sobre sí, para que cuando se entrega á los negocios, tome sí parte en estos, pero no en las pasiones y afectos que van con los negocios.

Clodio, luego que alejó á Ciceron, quemó sus quintas y le quemó la casa, edificando en el sitio el templo de la libertad. Quiso vender asimismo su hacienda, haciéndola pregonar todos los dias, porque nadie se presentaba á hacer postura. Terrible con estos

hechos á los del Senado, y asistido del favor del pueblo, ya ensayado por él á la insolencia y al desenfreno, asestó sus tiros contra Pompeyo, empezando por desacreditar algunas de las disposiciones tomadas por él en el ejército. Perdió con esto de su opinion, y ya se reprendía á sí mismo de haber abandonado á Ciceron; por lo que arrepentido trabajaba por todos medios en procurar su vuelta por sí y por sus amigos. Oponíase Clodio, y el Senado decretó que no se daría curso á ningun negocio público, ni se aprobaría nada mientras no se acordase la vuelta de Ciceron. En el consulado de Lentulo tomó tal incremento la sedicion que los Tribunos de la plebe fueron heridos en la plaza, y Quinto, el hermano de Ciceron, quedó tendido entre los cadáveres por muerto. Empezó ya con esto á desengañarse el pueblo, y siendo el Tribuno Antonio Milon el primero que se atrevió á llevar al tribunal á Clodio por causa de violencia pública, muchos acudieron á ponerse al lado de Pompeyo, así de la plebe como de las ciudades comarcanas. Presentóse con estos, y arrojando á Clodio de la plaza, dispuso que pasaran á votar los ciudadanos; y se dice que nunca se vió una votacion del pueblo tan uniforme. Yendo el Senado á competencia con el pueblo, decretó que se dieran las gracias á todas las ciudades que habian obsequiado á Ciceron durante su destierro, y que sus quintas y su casa, arrasadas por Clodio, fueran de nuevo levantadas á expensas del erario. Volvió Ciceron á los diez y seis meses de destierro, y fue tanto el gozo de las ciudades, y tal el ansia y esmero que en recibirle ponian los habitantes, que aun anduvo corto el mismo Ciceron cuando dijo que tomándolo en hombros la Italia, lo habia traído á Roma. El mismo Craso, que habia sido enemigo de Ciceron antes del destierro, salió tambien entonces á recibirle y se reconcilió con él, en obsequio, decia, de su hijo Publio,

que era uno de los admiradores de Ciceron. Habia aun corrido poco tiempo, y valiéndose de que Clodio se hallase fuera de la ciudad, subió Ciceron con algun acompañamiento al capitolio, y echó por el suelo é hizo pedazos las tablas tribunicias, que eran los registros de las operaciones de los Tribunos. Increpóle sobre esto Clodio; y respondiéndole Ciceron que habia sido contra ley el que de los patricios hubiera pasado al tribunado de la plebe, y que por tanto no debia tener valor nada de lo hecho por él, se ofendió de esta respuesta Caton y la contradijo, no porque se pusiese de parte de Clodio, ó dejase de estar mal con sus tropelias; sino por parecerle duro y violento que el Senado decretase la abrogacion de tantas y tales determinaciones y decretos; entré los que se contaba el encargo que el mismo Caton habia desempeñado en Chipre y Bizancio. Desde entonces conservó con él Ciceron cierta indisposicion, la cual sin embargo no pasó nunca á hecho ninguno público, ni á otra cosa que á tratarse con cierta tibieza. Sucedió despues que Milon mató á Clodio; y siguiéndosele causa de homicidio, nombró por su defensor á Ciceron. El Senado por temor de que puesto en riesgo un hombre ilustre y altivo como Milon, se moviera algun alboroto en la ciudad, permitió á Pompeyo que presidiera este y otros juicios, procurando tranquilidad al pueblo y seguridad á los jueces. Guarneció este antes del dia la plaza y todas sus avenidas con soldados, y Milon, recelando que Ciceron, turbado con aquel nunca usado espectáculo, podria estar menos feliz en su discurso, le persuadió que haciéndose llevar á la plaza en litera, esperara alli tranquilamente hasta que se hubiesen reunido los jueces y se llenase la audiencia. Mas él, á lo que parece, no solo no era muy osado entre las armas, sino que hablaba siempre en público con miedo, y con dificultad se vió libre de la agitacion y el temblor, hasta

que á fuerza de esta clase de contiendas su elocuencia adquirió firmeza y asiento. Aun así, defendiendo á Licinio Murena, acusado por Caton, con el empeño de exceder á Hortensio, que habia sido muy aplaudido, no descansó un momento en toda la noche, y quebrantado con el demasiado estudio y la falta de sueño, fue tenido por inferior á aquel. Entonces pues, saliendo de la litera para la causa de Milon, al ver á Pompeyo sentado en el tribunal como en un ejército, y toda la plaza al rededor llena de resplandecientes armas, se asustó sobremanera, y con gran trabajo pudo empezar á hablar, temblándole todo el cuerpo y con la voz entrecortada; cuando el mismo Milon asistió al juicio con arrogancia y serenidad, sin haber querido dejarse crecer el cabello ni tomar el vestido de duelo; lo que parece no haber sido la menor causa de que se le condenase. Mas en esta ocasion antes se acreditó Ciceron de buen amigo que de tímido y cobarde.

Hízosele del número de aquellos sacerdotes que los Romanos llaman Augures en lugar de Craso el joven, despues de haber este fallecido á manos de los Partos. Tocándole despues por suerte en la distribución de las provincias la Cilicia con un ejército de doce mil infantes y dos mil y seiscientos caballos, se embarcó para pasar á ella; llevando tambien el encargo de reducir la Capadocia á la sumision y obediencia del Rey Ariobarzanes. Compuso y arregló estos negocios á satisfaccion de todos, sin necesidad de recurrir á las armas; y viendo á los de Cilicia inquietos y desasosegados con el descalabro experimentado por los Romanos en la guerra de los Partos y con las novedades de la Siria, los trajo al orden con usar de blandura en su mando. No recibió dones algunos aun de los mismos reyes, y quitó aquellos convites que eran de estilo en las provincias. A los que le honraban y favorecian los obse-

quiaba teniéndolos á su mesa y dándoles de comer, no con lujo, pero tampoco con escasez y mezquindad. Su casa no tenia, portero ni nadie le vió tampoco sentado; sino que desde muy temprano en pie, ó paseándose delante de su cuarto, recibia á los que iban á visitarle. Dícese que no castigó á ninguno ignominiosamente con las varas, ni le rasgó la ropa, ni por enfado le dijo una mala palabra, ó le impuso multa que pudiera injuriale. Encontró que gran parte de los caudales públicos habian sido usurpados; y poniendo en ellos orden, hizo que las ciudades floreciesen, sin que por eso los que tenian que pagar fuesen vejados ni molestados, ni dejasen de conservar su estimacion. Tambien tuvo que hacer la guerra, derrotando unos adueros de ladrones que tenian sus guardas en el monte Amano; con cuyo motivo fue de los soldados saludado emperador. Pidióle á esta sazón el orador Cecilio que le enviara leopardos de Cilicia para cierto espectáculo; y él, aludiendo con alguna jactancia á los hechos de esta guerra, le escribió que ya no los habia en la Cilicia, habiendo huido á la Curia incomodados de que á ellos solos se les hiciera la guerra, cuando todo lo demas estaba en paz. Al retirarse de la provincia pasó algun tiempo en Rodas, y tambien con gran placer se detuvo en Atenas por el deseo de sus antiguos estudios. Trató pues á los hombres mas célebres de aquel tiempo por su sabiduría; saludó á sus amigos y conocidos; y admirado de la Grecia, segun su sobresaliente mérito, volvió á Roma á tiempo que las agitaciones de la república, como tumor próximo á rebentar, estaban á punto de romper en la guerra civil.

Habiendosele decretado el triunfo, dijo en el Senado que le seria muy dulce seguir á César en la pompa despues de hechas las paces; y en particular daba consejos á César escribiéndole continuamente é interponia ruegos con Pompeyo, procurando templar

y apaciguar á uno y á otro. Mas cuando ya llegó el caso del rompimiento, y viniendo César contra Roma, Pompeyo no le aguardó, sino que abandonó la ciudad y con él muchos y muy principales ciudadanos: no habiéndose decidido Ciceron á esta fuga, se creyó que abrazaba el partido de César. Y no tiene duda que estuvo batallando consigo, y meditando mucho sobre á cual de los dos se inclinaria: porque escribe en sus cartas: ¿á qué lado me volveré cuando Pompeyo tiene para la guerra el motivo mas glorioso y honesto; pero César se ha de conducir mejor en esta terrible crisis, y ha de saber hacer mas por su salud y por la de sus amigos? de manera que sé de quien he de huir, mas no á quien me estará mejor el acogerme. Escribióle en esto Trebacio, uno de los amigos de César, diciéndole que segun el dictamen de este, debia ser de su partido, y entrar á la parte en sus esperanzas; pero que si por la vejez no queria correr peligro, podia retirarse á la Grecia, y allí esperar tranquilamente los sucesos, apartándose de ambos; y picado de que el mismo César no le hubiese escrito, respondió enfadado, que no haria nada que no correspondiese á su anterior conducta pública. Esto es lo que se lee en sus cartas.

Asi cuando César marchó á España, él al punto se embarcó para ir en busca de Pompeyo; y fue de todos muy bien recibido, sino solamente de Caton, quien le hizo graves reconvenciones por haberse adherido al partido de Pompeyo: porque decia que al mismo Caton no le habria estado bien el abandonar el partido que eligió desde el principio; pero que Ciceron podia haber sido mas útil á la patria y á los amigos, si permaneciendo en Roma, hubiera tirado á sacar partido de los sucesos, y no que ahora neciamente y sin ninguna necesidad se habia hecho enemigo de César, y se habia venido á meter en medio de tan gran peligro. Estas observaciones hicieron á Ciceron mudar de

modo de pensar, y tambien el no haberle empleado Pompeyo en nada de importancia; pero de esto último él tenia la culpa con no negar que estaba arrepentido; con desacreditar las disposiciones de Pompeyo; con vituperar en las conversaciones todos sus proyectos, y con no poderse contener de chistes y burlas pesadas contra los mismos que participaban de su suerte; pues andando él siempre triste y con ceño por el campamento, queria hacer reir á los que no estaban para ello; pero será mejor referir aquí algunos de aquellos inoportunos chistes. Presentó Domicio para que fuese admitido entre los Gefes á uno que era militar, y diciendo para recomendarle que era hombre de arreglada conducta y muy prudente: ¿pues por qué no le guardas, le repuso, para tutor de tus hijos? Celebrando algunos á Teafanes de Lesbos, que era en el ejército prefecto de los artesanos, por haber dado excelentes consuelos á los Rodios en ocasion de haber perdido su armada; ¿de qué nos sirve, dijo Ciceron, tener un prefecto Griego? Llevaba regularmente César lo mejor en los encuentros, y en cierta manera los tenia cercados; y diciendo Lentulo tener noticia de que los amigos de César andaban cabizbajos: eso es decir, respondió Ciceron, que estan mal con César. Acababa de llegar de Italia un tal Marcio; y como dijese que la opinion que se tenia en Roma era que Pompeyo estaba cercado: ¿con que has hecho tu viage, le repuso, para asegurarte por tus ojos de si es cierto? Diciendo despues de la derrota Nonio que debian tener buena esperanza, porque en el campamento de Pompeyo habian quedado siete águilas: eso seria muy bueno, le replicó Ciceron, si hiciéramos la guerra á los grajos. Apoyándose Labieno en ciertos oráculos para sostener que Pompeyo seria vencedor: sí, le respondió, con esa estratagemata acabamos de perder el campamento.

Dada la batalla de Farsalia, en la que no se ha-

lló por estar enfermo, y habiendo huido Pompeyo, Caton, que había reunido en Dirraquio bastantes fuerzas de tierra y una grande armada, deseaba que Ciceron tomara el mando, á causa de corresponderle por la ley, estando adornado de la dignidad consular; pero repugnándolo este, y huyendo enteramente de continuar la guerra, estuvo en muy poco que no se le quitara la vida, llamándole traidor Pompeyo el joven y sus amigos, y desenvainando resueltos las espadas, á no haber sido porque Caton se puso de por medio y le sacó del campamento. Arribó á Brindis, y allí se detuvo esperando á César, que tardó en llegar á Italia, por haberle llamado los negocios al Asia y al Egipto. Cuando supo que había desembarcado en Tarento, y que desde allí se dirigía por tierra á Brindis, le salió al encuentro, no sin alguna esperanza, aunque avergonzado de tener que ir á mirar la cara de un enemigo victorioso á presencia de muchos; pero no le fue necesario decir ó hacer cosa que no le estuviese bien: porque César, luego que vió que adelantándose á los demás iba á recibirle, se apeó, le abrazó y caminó hablando con él solo algunos estadios. Desde entonces siempre le tuvo consideracion, y lo trató con aprecio: tanto que en el libro que escribió contra el elogio que de Caton había formado Ciceron, le celebró este mismo opúsculo, y tributó alabanzas á su vida, que dijo tenia gran semejanza con las de Pericles y Terámenes. Intitulóse el escrito de Ciceron *Caton*, y *Anticaton* el de César. Refiérese que siendo acusado Quinto Ligario por haber sido uno de los enemigos de César, y defendiéndole Ciceron, dijo César á sus amigos: ¿qué inconveniente hay en oír al cabo de tanto tiempo á Ciceron, cuando su cliente está ya juzgado tan de antemano por malo y por enemigo? Mas sin embargo Ciceron desde que empezó á hablar movió extraordinariamente su ánimo, y habiendo sido aque-

lla oracion maravillosa en la parte de excitar las pasiones y en la gracia de la elocucion, observaron todos que César mudó muchas veces de color, y que se hallaba combatido de diferentes afectos. Finalmente cuando el orador llegó á tratar de la batalla de Farsalia, su agitacion fue violenta hasta temblarle todo el cuerpo, y caerle algunos memoriales de la mano: de modo que vencido de la elocuencia absolvió á Ligario de la causa.

Desde aquella época, habiendo el Gobierno degenerado en monarquía, retirado de los negocios públicos, se dedicó á la filosofía con los jóvenes que quisieron cultivarla; que siendo de los mas ilustres y principales, por su trato con ellos volvió á tener en la ciudad el mayor influjo. Habíase aplicado á escribir y á traducir diálogos filosóficos, trasladando á la lengua latina los nombres usados en la dialéctica y la fisica: porque se dice haber sido el primero que introdujo los nombres de *fantasia*, *catatesis*, *época*, *catalepsis* y ademas *átomo*, *ameres* y *quenon*¹; á lo menos el que mas los dió á conocer á los Romanos, usando de metáforas, y de otras expresiones acomodadas con singular industria y diligencia. Dabíase con poner á veces en ejercicio la gran facilidad que tenia en hacer versos: pues se dice que cuando le daba esta humorada hacia en una noche quinientos. Habiendo pasado la mayor parte de este tiempo en su quinta Tusculana, escribió á sus amigos que hacia la vida de Laertes, ó por juego y chiste, como lo acostumbraba, ó por prurito de ambicion de mando, no llevando bien el retiro. Rara vez venia á la ciudad como no fuese para visitar á César; y entonces era el primero que suscribia á los honores que se

¹ Significan estos nombres: vision interior, asenso, detenimiento del asenso, comprension, átomo lo que no tiene partes y el vicio.

le decretaban, y que decia alguna cosa nueva en elogiio de su persona y de sus hechos, como fue la relativa á las estatuas de Pompeyo, que César mandó levantar y colocar, habiendo sido antes derribadas: porque dijo Ciceron que César con este acto de humanidad levantaba las estatuas de Pompeyo, para afirmar mas las suyas.

Tenia pensado, segun se dice, escribir la Historia romana, entretejiendo con ella gran parte de la Griega, y recogiendo todas las fábulas y relaciones que corrian; pero vinieron á impedirselo negocios y sucesos públicos y privados, de los cuales la mayor parte parece que se los atrajo por su gusto. Porque en primer lugar repudió á su muger Terencia por no haber hecho cuenta de él durante la guerra, hasta el punto de haberle dejado marchar sin nada de lo que necesitaba para el viage, y por no haberle dado muestras ningunas de aprecio y amor cuando regresó á Italia: pues habiéndose detenido mucho tiempo en Brindis, no pasó á verle; y á la hija cuando fue no le dió para un camino tan largo las prevenciones y acompañamiento que eran correspondientes á una joven de su calidad; y sin embargo le dejó la casa vacía y desprovista de todo; sobre haber contraido muchas y grandes deudas, porque estas fueron las causas mas honestas que se pretestaron para este divorcio. Negábalas Terencia, y el mismo Ciceron fue quien mejor hizo su apología, casándose de allí á poco con una doncella, segun Terencia lo hizo correr, prendado de su figura; pero segun escribió Tiron, liberto de Ciceron, por mira de mejorar su casa y pagar sus deudas. Porque aquella joven era muy rica, y Ciceron que tenia su herencia en fideicomiso, por este medio la conservó en su poder. Como debiese pues grandes sumas, sus amigos y deudos le indujeron á que en una edad ya impropia se casara con aquella mocita, y se li-

brara de los acreedores, echando mano de sus bienes; pero Antonio, haciendo mencion de este casamiento en sus oraciones contra las Filipicas, dice que echó de su lado á una muger en cuya compañía se habia hecho viejo, motejándole con gracia que habia sido un hombre que se habia estado metido en casa ocioso y sin hacer el servicio militar. Despues de este casamiento, á poco tiempo de él, se le murió de sobreparto la hija casada con Lentulo, con quien se habia enlazado despues de la muerte de Pison, su primer marido. Acudieron de todas partes los filósofos á dar consuelo á Ciceron, tan sentido por la muerte de la hija, que repudió á su nueva esposa, por parecerle que se habia alegrado de la muerte de Tulia.

Estos fueron los sucesos domésticos de Ciceron, el cual ninguna parte tuvo en la conjuracion para la muerte de César, no obstante ser uno de los mayores amigos de Bruto; hacérsele insoportable el estado en que habian venido á parar las cosas, y parecer que deseaba el restablecimiento de la república como el que mas; y es que los conjurados habian temido á su caracter falto de valor, y á aquel desgraciado tiempo, en que aun los mas firmes y mejor constituidos habian perdido la resolucion y osadía. Egecutado aquel hecho por Bruto y Casio, como los amigos de César se tumultuasen, y volviese á renacer el miedo de que la ciudad cayese otra vez en la guerra civil, Antonio, que era Cónsul, congregó el Senado, y habló brevemente de concordia; pero Ciceron, extendiéndose mas acerca de lo que las circunstancias exigian, persuadió al Senado á que imitando lo que en caso igual se habia hecho en Atenas, publicase una amnistia con motivo de lo ocurrido con César, y á Casio y Bruto les asignara provincias. Mas esto no sirvió de nada, porque el pueblo, que ya por sí mismo se habia movido á compasion

cuando vió que pasaban por la plaza el cadáver, y Antonio le mostró la túnica del César llena de sangre y acribillada á puñaladas; furioso y ciego de ira, en la misma plaza anduvo buscando á los matadores, y con tizonas encendidos corrieron muchos á las casas de estos para darles fuego; y aunque de este peligro se salvaron con guardarse y precaverse, temiendo otros muchos no menores que él, tuvieron que abandonar la ciudad.

Esto dió osadía á Antonio, y si á todos infundió temor, pareciéndoles que usurparía una autoridad monárquica, mucho mayor se le causó á Ciceron: porque viendo que el poder de este en la república había adquirido fuerza, y sabiendo que era del partido de Bruto, abiertamente se mostraba incomodado con su presencia: además de que siempre estaban recelosos el uno del otro por la desemejanza de su conducta y por sus antiguas disensiones. Temeroso pues Ciceron, intentó primero pasar de legado con Dolabela á la Siria; pero habiéndole rogado los que despues de Antonio iban á ser Cónsules, Hircio y Pansa, varones de probidad y amantes de Ciceron, que no los abandonase, pues le ofrecian oprimir á Antonio si él se quedaba; no creyéndolos del todo, ni tampoco dejándolos de creer, no hizo ya cuenta de Dolabela; y diciendo á Hircio que se iba á pasar el estío en Atenas, y que cuando hubiesen entrado en su cargo volvería, sin mas autorizacion se dispuso para aquel viage. Hubo detenciones en la navegacion, y llegando desde Roma nuevos rumores cada dia á medida de su deseo: que en Antonio se notaba grande mudanza; que todo lo hacia y disponia por medio del Senado; y que no faltaba otra cosa que su presencia para que los negocios se pusieran en el mejor orden, repren-diéndose á sí mismo de sus rezelos y temores, regresó otra vez á Roma, y lo que es por lo pronto no le salie-

ron vanas sus esperanzas: porque fue tanto el gentío que con el gozo y el deseo salió á recibirle, que casi se consumió todo el dia á la puerta en abrazos y saluciones. Mas al dia siguiente congregando Antonio el Senado, y pasándole aviso, no concurrió, sino que se quedó en cama, excusándose con que estaba fatigado del viage; pero á lo que parece lo que verdaderamente lo detenía era el temor de alguna asechanza, por cierta indicacion y sospecha que se le habia dado en el camino. Antonio se mostró muy ofendido de esta calumnia, é iba á enviar soldados con orden de que lo trajeran ó le quemaran la casa; pero instándole y rogándole muchos, se convino en que solo se le tomaran prendas. De allí en adelante se pasaban de largo cuando se encontraban sin decirse nada el uno al otro, y estaban en mutuas sospechas: hasta que habiendo llegado de Apolonia César el joven, admitió la herencia del otro César, y por veinte y cinco cuentos de dracmas que Antonio tenia en su poder de los bienes de este se indispuso con él.

En consecuencia de esto Filipo, que estaba casado con la madre del nuevo Cesar, y Marcelo con la hermana, habiéndose dirigido con aquel joven á Ciceron, se convinieron en que se prestarían mutuamente, Ciceron á este en el Senado y ante el pueblo el poder que nace de la elocuencia y la política; y este á Ciceron la seguridad que dan las riquezas y las armas: pues ya tenía aquel joven á sus órdenes no pocos de los que habian hecho la guerra con César: además de que se tiene por cierto haber entrado Ciceron con un vivo deseo en la amistad de César. Porque, segun parece, en vida todavía de Pompeyo y Julio César se le figuró en sueños á Ciceron que llamaba al capitolio á algunos hijos de los Senadores, con el objeto de que Júpiter designara á uno de ellos por caudillo de Roma; que los ciudadanos

estaban en grande espectacion al rededor del templo, y aquellos niños en toga pretexta sentados á la puerta. Abrióse esta repentinamente, y los niños se fueron levantando de uno en uno, y dieron la vuelta al rededor de la estatua del Dios, que los estuvo mirando atentamente, y los despidió descontentos; mas luego que este se le acercó, alargó la diestra y dijo: «Romanos, este dará fin á la guerra civil, siendo vuestro caudillo.»

Habiendo pues tenido Ciceron este ensueño, se dice que retuvo y conservó viva la imagen del niño, aunque no sabia quién era; pero habiendo bajado al dia siguiente al campo de Marte quando los jóvenes volvian de exercitarse, este fue el primero que vió qual en el sueño se habia ofrecido á su imaginacion, y admirado le preguntó quiénes eran sus padres. Era su padre Octavio, no de los mas ilustres, y su madre Acia, sobrina de César; por lo que no teniendo este hijos, le dejó por su testamento su hacienda y su casa. Desde entonces dicen que Ciceron veia con gusto á este niño, y le mostraba afecto, y él correspondia á sus demostraciones, porque hacia tambien la casualidad que habia nacido el año en que Ciceron fue Cónsul.

Estas eran las causas que públicamente se daban; pero al principio el odio á Antonio, y despues su caracter, que no podia resistir á la ambicion, fueron los verdaderos motivos que le unieron á César; creyendo que ganaba para la república el poder de este; pues se le prestaba tan docil y sumiso que le llamaba padre. Disgustaba esto de tal manera á Bruto, que en sus cartas á Atico se queja agriamente de Ciceron, á causa de que adulando á César por miedo de Antonio, era claro que en vez de procurar libertad para la patria, solo buscaba para sí un señor mas benigno y humano. Mas á pesar de esto Bruto se llevó consigo al hijo de Ciceron, que se hallaba en

Atenas oyendo las lecciones de los filósofos, y dándole mando, le confió algunos encargos que desempeñó con el mejor éxito. Llegó entonces á lo sumo en Roma el poder de Ciceron; y viniendo al cabo de quanto se propuso, oprimió á Antonio, y lo obligó á salir de la ciudad, enviando á los dos Cónsules Hircio y Pansa á hacerle la guerra; y obtuvo del Senado que decretara á César las fascas y todo el aparato imperatorio, como que combatia por la patria. Mas como vencido Antonio, y muertos en la guerra ambos Cónsules, todo el poder se acumulase en César, temiendo el Senado á un joven á quien tan decididamente favorecia la fortuna, trató de apartar de él las tropas con honores y con dádivas, y debilitar así su poder, bajo el pretexto de que la república no necesitaba de defensores una vez que Antonio habia huido. Temió con esto César, y envió quien rogara y persuadiera á Ciceron que procurara para ambos juntos el Consulado, y dispusiera de todo como le pareciese, apoderándose de la autoridad, y tomando bajo su direccion á aquel joven, que solo apetecia adquirir algun nombre y gloria. Confesó el mismo César que temiendo verse arruinado, y considerándose en peligro de que le dejaran solo, echó mano en tal apuro de la ambicion de Ciceron, moviéndole á que pidiera el Consulado, en el concepto de que él le daria todo favor y auxilio.

Enloquecido entonces y sacado de tino Ciceron, un anciano por aquel mozo, y engañado para que le ayudara en los comicios, y le pusiera bien con el Senado, desde luego incurrió en la reprehension de sus amigos; y á bien poco conoció él mismo que se habia perdido, y habia hecho traicion á la libertad de la patria: porque luego que aquel joven vió tan acreditado su poder, y se posesionó del Consulado, al punto dió de mano á Ciceron; y hecho amigo de